

## *Leibniz y Ortega*

CÉSAR PÉREZ GRACIA

Pueden parecer fenómenos aislados o islotes exóticos sin conexión aparente, pero la cronología es un arte riguroso y ahí están las fechas, los años exactos y los libros personales surgidos de un tiempo concreto. Se trata de la lectura crítica y fecunda de Leibniz en España. Hay un excelente artículo — “Amistad con Leibniz”— de Julián Marías, *Abc* 23-IV-98, que resume ese fervor tri-generacional por un mismo filósofo. En 1931 Zubiri lee y comenta la *Monadología* y Marías es uno de sus alumnos en la cátedra madrileña. En plena guerra civil empieza Marías a traducir el *Discurso de metafísica* que se publica en 1942, con un prólogo estupendo sobre el

pensamiento barroco. Y como colofón, Ortega decide en la primavera de 1947, enfrascarse en la redacción fascinante de su *Leibniz*. Son tres generaciones en torno a un alemán que escribía en francés y latín sus grandes obras. Es Kant el que usará el alemán con holgura filosófica.

Voy a ver si no me pierdo en tan prodigioso paisaje mental. Ortega sostiene que Leibniz recibe toda su diafinidad de Suárez, en cuyas escorias escolásticas o metafísicas, encore il y a de l'or, todavía queda oro, como decía con alguna gracia el gran Leibniz. He ahí un genio alemán dando las gracias a un granadino renacentista muerto en Lisboa.

Quizá la diafanidad orteguiana —la claridad es la cortesía del filósofo— se la debe a Suárez, por intermedio de Leibniz. Lo cierto es que hay autores más camuflizos o más diáfanos que otros. Cervantes es claro como el agua —like dark water, diría con humor sureño Faulkner— y Gracián prefiere la emboscada opulenta de las palabras. Descartes es el filósofo enmascarado —larvatus prodeó— y Leibniz es el filósofo a cara limpia.

Zubiri y Marías se interesan por el Leibniz metafísico en sentido estricto. No se crea que el XVII fue un siglo pánfilo y beato. Ni en broma fue eso. Es el siglo clave de Europa. A veces me asombro de que sea el único siglo que tiene genios a docenas. Tiene una docena sin discusión posible. No hay siglo anterior o posterior que tenga semejante explosión de talento máximo y en tan diversas disciplinas humanas. Piénsese, que sólo en España están Cervantes y Velázquez, Góngora y Quevedo. Pero en toda Europa pasa algo parecido. En Francia están Descartes y Pascal, Poussin y Moliere. En Inglaterra, Shakespeare y Locke o Newton. En Italia, casi Bruno y Galileo, Caravaggio y Monteverdi. Holanda tiene al menos dos genios de la pintura, Rembrandt y Vermeer, y nada menos que a Spinoza. ¿No es increíble que algo así no haya sido detectado y valorado en su justa medida? Quiero decir, que el número de genios constituye una categoría histórica única y es grotesco que una palabra como Renacimiento haya empañado con el despectivo término Barroco, algo así como una resaca decadente de las infinitas gracias renacentistas. Creo que ya estamos en el tiempo de que se corrija esta perspectiva. El XVII es el verdadero y auténtico Siglo de Oro de Europa. De toda Europa, de la gran Europa humanista, literaria, pictórica, musical y, desde luego, filosófica.

Zubiri, Marías y Ortega se lanzaron en bloque —la armada española del pensamiento— para reivindicar y descubrir al gran genio de la filosofía del XVII, Leibniz. Zubiri y Marías, acuden al esplendor metafísico de Leibniz —Monadología y Discurso de metafísica—, pero Ortega va a dar su campanada final desde los tiempos mozos de las *Meditaciones del Quijote*, 1914, con su última obra maestra de la primavera lisboeta de 1947. Su ensayo es prodigioso y el argumento clave es la idea de principio en Leibniz, pero va mucho más allá. Lo mismo se podría llamar con el nombre de una docena de filósofos capitales de Europa —Platón o Aristóteles, Aquino o Suárez, Descartes o Leibniz, Kant o Bretano, Husserl o Heidegger— porque sobre todos ellos realiza una semblanza crítica espectacular, que hacen de Ortega una cima del pensamiento europeo. Quien no vea tal cosa, que se dedique a la acuarela. No se trata de un libro fácil, y yo soy el primero que me he estancado en sus páginas más áridas sobre los axiomas de Euclides y otras boscosidades de arduo entendimiento. Pero tiene grandes capítulos de enorme claridad y el argumento del libro corre que se las pela. ¿Qué principios fundamentan a cada gran filósofo y en suma qué principios nos rigen a nosotros —si por azar o por buenas razones los tenemos o no los tenemos—? Hay otro aspecto de la grandeza literaria y razonadora de Ortega en su *Leibniz*. Se trata de las notas a pie de página. Son casi otro libro diferente. Apuntan mil sugerencias y ensayos prodigiosos. Ortega tenía algo de genio orquesta en materia de pensamiento. Le brotan senderos refulgentes a cada paso, en cada página. Todo está todavía por hacer, por explorar, por descubrir. El mundo está todavía muy verde, pero no en materia de justicia demagógica y por así decir, para arreglar el universo de un plumazo mágico. No es éso. Ortega es un faro gigantesco de la razón humana y su prodigiosa fuerza personal y

creativa, fecunda. Si yo hago algo valioso por medio de mis modestas palabras, cosa dudosa, sólo es puro reflejo de su entusiasmo real por el desvelamiento de las marañas caóticas que ensombrecen el mundo. Pero sería muy injusto, si no dijese que Julián Marías ha sido y es el mejor espejo de ese fulgor orteguiano. Yo creo que fue el estímulo capital de que Ortega hiciese su *Leibniz*, y por esa razón, además de su fidelidad crítica que le ha salvado de la tentación de un escolasticismo orteguiano, es tan grande como Ortega en magnitud de pensamiento. En su día, cuando el *Leibniz* se publicó en Buenos Aires en 1958, tres años después de la muerte de Ortega, Marías se mostró escéptico sobre la recepción de ese libro. Si sería leído con atención, si sería traducido al inglés o al alemán. Quizá ha llegado la hora de que ese libro renazca de verdad y sea el principio de un nuevo principio de Europa. Si Leibniz reconoció el valor de Suárez y Curtius o el propio Heidegger la figura y valor de Ortega, quizá sea hora de afirmar sin complejos estúpidos, que la nueva armada española no tiene el menor interés en dominar el mundo — eso es agua pasada en la historia de España, y sólo Inglaterra puede decir algo igual en Europa— sino que ahora es tiempo de otra historia. Es la hora de la razón española como autonomía real de cada hombre frente a su mundo cotidiano. No se trata de degradar al hombre como kamikaze andante de utopías idiotas. Se trata de todo lo contrario, darle los instrumentos conceptuales —una cultura, una educación, una idea liberal y abierta y generosa respecto a los otros seres humanos— para que sea dueño de su destino.

Al considerar tres obras maestras de la mejor España que ha existido —el Quijote, las Meninas, el Escorial— me he preguntado algunas veces en qué consiste su grandeza indiscutible para todo ser humano, nacido en

cualquier rincón del mundo. Para todo ser humano culto y con sentido histórico, claro.

Leibniz tiene un verso latino que dice: *Partícula in mínima imicat integer orbis*. Blake lo dijo de otra forma —to see a World in a grain of sand— ver un mundo en un grano de arena. En el Quijote hay un hormiguero humano prodigioso que acaso es de lo mejor de la novela y que forma el fondo de los diálogos viajeros de don Quijote y Sancho. Cervantes sabía que ese horizonte humano era el paisaje y contrapunto perfecto del primer plano de sus dos héroes. Algo similar en esa rara simetría de fondo y primer plano —la profundidad de campo en el espacio o en el tiempo— se produce en el ámbito apenumbado de las Meninas. ¿Qué pinta allí un perrazo a lo Cipión y Berganza?, ¿qué necesidad había de retratar junto a la belleza infantil y graciosa de la infanta, a semejantes estafermos o mujeres monstruosas, casi como la mujer elefante? Yo no tengo la respuesta. ¿Por qué vemos el envés del cuadro que estamos viendo pintar y nos parece ser los modelos fugaces como ese personaje enigmático que asoma por la puertecilla de cuarterones del fondo? Mejor dejar que el misterio siga su curso y callar. Mirar y callar. Como ese Mercurio astuto que se burla de Argos en otra obra maestra de Velázquez. ¿No es increíble que haya existido Velázquez y que Felipe IV tradujese a Guicciardine? Vivimos en un país secreto para los propios españoles. Sólo al leer a los grandes autores entramos de veras en la realidad o cuarta dimensión histórica del mundo. Todo lo demás es verbena plana.

Con la consideración de El Escorial ha sucedido algo similar. Fue en su tiempo la octava maravilla y la leyenda tenebrosa quiso convertirlo en la Bastilla de la Inquisición. Schiller era un buen discípulo de Shakespeare, pero en su Don Carlos no hace sino

tergiversar la historia —y el propio Leibniz le habría tirado de las orejas— y Verdi con su Don Carlo, lo mismo. El Escorial fue el modelo de arquitectura cortesana para toda Europa —desde Versalles hasta Caserta de Nápoles con Carlos III—, con diferencia de que era una suma de edificios, una ciudad de pequeñas ciudades, ¿Qué significa eso? Es sumar la biblioteca en la fachada, el patio central y los patios renacentistas como claustros romanos, el templo de San Lorenzo, la pinacoteca mejor de Europa con más Tizianos de los que nunca tuvo la propia Venecia. No hace falta mentar el poder político. Eso fue transitorio. La realidad es que no se puede admitir que haya majaderos pseudo-ilustrados que nieguen las evidencias en nombre de un progresismo imbécil que se niega a reconocer las cosas como son. La construcción de El Escorial en su traza y en los años de obra es un portento histórico. La biblioteca y la pinacoteca eran las mejores del mundo. ¿Dónde había algo similar en el XVI? ¿Qué monarca hizo algo parecido? Es increíble que haya españoles cultos —eso dicen— que ensombrezcan al genio humano que hizo esas maravillas. Quieren además que fuese santo y tan honesto e inteligente o eficaz como ellos mismos creen ser. Bonito autorretrato. El español debe de ser el único animal que es amnésico respecto a lo único que le permitiría dejar de ser un auténtico animal.

Es Leibniz el que nos permite con sus juegos armónicos de un universo bien hecho, considerar la historia de España sin tapujos o mala conciencia. En el mundo no ha habido más allá de media docena de naciones que hayan hecho avanzar la cultura humana. España es una de ellas, junto a Roma o Inglaterra. No hay muchas más. China, Estados Unidos. En sus Nuevos ensayos de 1704, inéditos hasta 1765, hay páginas increíbles por su perspicacia histórica.

Pronostica grandes revoluciones al ver cómo se esfuman de Europa los grandes espíritus públicos y en su lugar campan a sus anchas las pasiones del placer o el medro personal. En 1776 surgen los Estados Unidos en las costas de Nueva Inglaterra. Francia y España han estimulado su nacimiento para frenar la hegemonía de Inglaterra, que será plena en el siglo XIX. A cambio, Inglaterra acaso suscitó más de un hilo de pólvora para que París estallase en 1789, y para que esa Francia apuntillada con un fugaz Napoleón, cortase de un tajo la orilla entre Hispanoamérica y España. La historia tiene mucho de toma y daca, y el equilibrio de poder puede ser un principio en eterna cuarentena. Leibniz es una cabeza genial. Comparado con el ensayismo espléndido y frivolón de Montaigne, o con el ensayo autobiográfico de Descartes, significa algo así como la auto-enciclopedia de Leibniz. Ni siquiera Kant con todas sus ínfulas jacobinas de profeta prusiano de la razón autónoma puede hacer sombra al gran faro de la Europa leibniziana. Un hombre que lee en español al Inca Garcilaso y a Suárez en latín, a Descartes en francés y a Locke en inglés, y a griegos y romanos en su lengua. Era un verdadero gigante de la mejor Europa que ha existido. El siglo de los genios y Leibniz el genio máximo de sus filósofos. Asomado ya al siglo XVIII, igual que Saint-Simon con sus memorias, y por azares inédito durante más de medio siglo. Ese quiebro de la continuidad generacional en el pensamiento de Europa produjo consecuencias incalculables. Kant se pasó diez años mudo al chocar con el iceberg de Leibniz y Hegel tampoco puede reaccionar a tiempo. El frenazo de Leibniz da un sesgo total a dos siglos, el XVIII y el XIX. Voltaire hace bromas con Leibniz pero ni en broma sabe quién es Leibniz. Cuando publica su *Candide* en 1759 todavía no han visto la luz las obras de Leibniz. Pero ya digo, ni siquiera en el XIX se recupera la estela de Leibniz. Se

distraen con Hegel y Marx, con Darwin y Nietzsche. Vivir es vivir distraído.

Leibniz participa en los debates de su tiempo, se cartea con Locke, y sus *Nouveaux essais* tienen forma de diálogo entre dos ilustrados germanos de nombre griego —Teófilo y Filaletes— que deciden seguir el hilo inglés del empirista Locke y discutir sus pros y sus contras. Ese tipo de diálogo crítico, donde acuerdo y discrepancia son la salsa de la conversación cultivada en Europa, desde su remoto espejo de los *Diálogos* de Platón. Leibniz inventa la “conversation piece” como ensayo filosófico. Leibniz está y no está en su tiempo. Su obra no se publica y difunde hasta que Kant puede leerlo hacia 1770. Hay un decenio en que Kant permanece mudo. El mudo de Leibniz. Luego en otro decenio publica toda sus *Críticas* y libros claves. Tampoco a él le leen bien y los *Prolegómenos* son una síntesis para impedir la deformación y tergiversación. El propio Ortega al emplearse a fondo con Leibniz en Lisboa —otro terremoto pero esta vez leibniziano y orteguiano— era como si Belmonte se encerrase con seis miuras de la filosofía. Repito, quien no ha visto eso, que se dedique a la jardinería, a la ecología. Leibniz aborrecía la religión milagrera y todo su afán se ceba en un racionalismo cristiano, incompatible con todo sueño dogmático. Ortega en su *Leibniz* arremete contra los escolasticismos en plural, no sólo contra el de Aquino respecto a Aristóteles, ni contra el escolasticismo cordobés de Averroes y Maimónides, sino que diagnostica escolasticismos muy modernos, como el neokantismo de Marburg, del que él mismo fue discípulo autocrítico. Decía en broma que el peor escolástico es el que es más papista que el Papa, en el sentido de que ciertos profesores decían conocer a Platón o a Kant, mejor que Kant o Platón se conocían a sí mismos. En nuestro siglo en España, la

tentación para que hubiese escolasticismo de Ortega se quebró con la guerra civil, y no es hazaña floja que Marías haya sido capaz de no bajar la guardia en medio siglo, para que esa tentación no tuviese lugar. Pero no seamos ingenuos. Si la dictadura de Franco fue hostil a Ortega, en la Transición se intentó un escolasticismo orteguiano de sesgo socialista, del que Marías se desmarcó como buen orteguiano y mejor filósofo. Si Unamuno tuvo el récord honorable de ser cesado por Azaña y Franco, Ortega no tiene menor récord al ser capaz de ser indigesto políticamente para Franco y para la tentación totalitaria camuflada en la Transición. Sin olvidar, que esta segunda batalla cidiana —después de muerto— la ha ganado codo a codo con Marías, su más fiel y leal discípulo. Si la ética es la estética de la conducta elegante, todo español con una gota de espíritu liberal en sus venas, debería conocer estas cosas y defenderlas sin aspavientos, sencillamente con la modesta verdad personal.

No somos un pueblo de corderos errantes. Somo tal vez el primero o segundo pueblo más importante de Europa. Importante en literatura y pintura, en la gran política y en la gran filosofía. Un pueblo que ha tenido un par de siglos malos, pero que los que ha tenido buenos son más, y que todavía va a dar algunas sorpresas a la apática Europa del siglo XXI. Tenemos para ello todo. Una gran cultura y un pensamiento libre como jamás lo tuvo la gran España del pasado. En ese sentido, Leibniz es el detonante del gran Ortega final. Sus efectos esta vez van a ser positivos. En lugar de las revoluciones jacobina y soviética —dos extravíos que han desquiciado al mundo— la gran apuesta actual es la revolución personal y su sinfonía social como reflejo lógico e histórico.